

tros días, ha dado lugar a un conjunto de obras, experiencias y realidades individuales y sociales, que —conservadas y comunicadas a través del tiempo— expresan un estilo peculiar de cultura que podemos llamar con propiedad católica. El padre Fosbery, autor del libro, intervino finalmente para dar las gracias.

A. T.

## SOBRE EL TRADICIONALISMO CARLISTA Y SU SINO

(LOS MÁRTIRES DE LA TRADICIÓN: LOS DE AYER  
Y LOS DE HOY) (\*)

### I

Allá por los años sesenta, el profesor Francisco Elías de Tejada fundó el Centro de Estudios Históricos y Políticos "General Zumalacárregui", que organizó dos congresos de estudios tradicionalistas —en 1964 y 1968— llamados a tener cierta relevancia, y que puso en marcha la elaboración de un compendio, bajo forma casi de catecismo, sobre el significado del carlismo: el volumen, aparecido a principios de los setenta —tras abundantes reuniones en que por la buena parte de los tradicionalistas activos del momento se discutió el anteproyecto redactado por su fundador—, llevó por título *Qué es el carlismo* y figuró bajo la autoría, además del profesor Elías de Tejada, de Rafael Gamba y Francisco Puy.

En este libro se comienza afirmando —y quisiera utilizarlo en glosa libre y personal— que el carlismo se define por tres rasgos, sin cuya convergencia no resulta en absoluto inteligible, a saber:

---

(\*) Reproducimos las palabras pronunciadas el pasado 2 de marzo, en la Gran Peña de Madrid, por Miguel Ayuso, en un acto académico organizado por el Centro de Estudios General Zumalacárregui con ocasión de la festividad de los Mártires de la Tradición, y en el que intervino también el profesor Rafael Gamba (N. de la R.).

una bandera dinástica, que es la del legitimismo; una continuidad histórica, la de las Españas, y una doctrina jurídico-política, el tradicionalismo.

Una bandera dinástica, porque el legitimismo, a la muerte de Fernando VII, vino a ser un banderín de enganche del tradicionalismo hispano en la concreta coyuntura que permitió aflorar los sentires y pensares de muchos españoles descontentos con el abandono de la gobernación tradicional de los Reinos de España, a causa de los embates de la Ilustración dieciochesca y —al alborear del siglo siguiente— de una invasión, como la napoleónica, seguida de diversos conatos de introducción artera o descarada de la revolución liberal, lo que dio lugar, entre otros conflictos, a la guerra realista historiada por Rafael Gambra.

Una continuidad histórica, porque el carlismo viene a constituir una continuidad de las viejas Españas. Elías de Tejada decía, y me parece que es uno de los aspectos más penetrantes de su reconstrucción histórica, que como las Españas —tras la crisis de la Cristiandad medieval— quedaron en una suerte de *christianitas minor*, de cristiandad menor llamada a recoger en un ámbito geográfico más restringido el espíritu de la vieja *christianitas maior*, de igual manera el carlismo habría portado la antorcha de esa vieja España, reducida a un grupo de familias, a un resto, *pustillus grex* donde encarnaba la continuidad histórica de la Cristiandad en general y de las Españas en particular.

Una doctrina jurídico-política, y hasta una cosmovisión entera, porque merced a ese banderín de enganche dinástico y a esa continuidad histórica recibió prolongación vital primero y fragua teórica después el pensamiento que podríamos llamar católico tradicional, que con el declinar de su vivencia sería conocido más tarde como tradicionalista. Pilar doctrinal que, en forma más o menos consciente, en función también de los cambios de los tiempos, y por lo mismo más o menos depuradamente expuesto, permanece como un elemento nuclear del carlismo, alimentando la continuidad histórica y dotando de sentido universal a la bandera dinástica.

Andando el tiempo, el legitimismo no puede sino declinar levemente, perdiendo algo de su prestancia y su vigor. Y no sólo porque pueda extinguirse —pienso en lo ocurrido en el

carlismo, pero que puede extenderse al legitimismo francés o al jacobitismo anglosajón— la dinastía que custodia la legitimidad; y porque en las siguientes sucesiones, discutidas además, se produzcan defecciones; y porque se dificulte en grado sumo el hallazgo de un abanderado. Sino también porque una monarquía exiliada espacial y realmente de la concreta gobernación tiende inevitablemente al folclorismo. Antes o después. Los tres ejemplos que acaban de referirse lo prueban, aunque el grado en que lo padecen no sea idéntico: si en los jacobitas es evidente y en el legitimismo francés bastante intenso en nuestro carlismo es creciente.

También la continuidad histórica sufre en su significado transformaciones con el paso de los años, los decenios y los siglos. El carlismo, con su arraigo popular, era una auténtica representación de España. Se podía hablar así —con intenciones variopintas, lo sabemos, y no todas buenas— de “las honradas masas carlistas”. En cambio, cuando el pueblo carlista va desapareciendo, cuando las propias familias carlistas, y de las más encumbradas a las más sencillas, tienen dificultad en transmitir —tradición es entrega, y aceptación— esa adhesión a la causa, la continuidad histórica, que requiere un amplio cuerpo social, también empieza a resquebrajarse.

Queda entonces sólo el acervo doctrinal, la doctrina jurídico-política y la cosmovisión entera del tradicionalismo, que también ha sufrido últimamente embates diversos —el más grave es sin duda el giro dado por la Iglesia tras el II Concilio Vaticano—, si bien en su conjunto se ha desarrollado hasta niveles que el siglo anterior no se conoció. Y es que —ha escrito Álvaro d’Ors— la teoría política alcanza sus cotas más elevadas en los períodos de crisis, pues es saber azuzado por la derrota. Como también —ha explicado Rafael Gambra— la teorización se va depurando conforme se aleja de la vivencia. Hay momentos fulgurantes de Donoso Cortés, hay páginas espléndidas de Aparisi o Nocedal y párrafos encendidos de Vázquez de Mella, pero no una teorización tan rica, variada y acabada como la que nos ha dado la última generación del tradicionalismo: Elías de Tejada, Rafael Gambra, Francisco Canals, Juan Vallet de Goytisolo y Alvaro d’Ors.

## II

En esta tesitura, con el legitimismo por fuerza arrumbado o dificultosamente mantenido, con la continuidad histórica rota a trechos por la desaparición del pueblo carlista, y con un tradicionalismo teóricamente vigoroso pero progresivamente —y no puede ser de otro modo— desvinculado de la realidad y por lo mismo más difícil de realizar en la práctica, se plantea de modo inexorable la continuidad misma del carlismo, de nuestros esfuerzos, de nuestros quehaceres, de nuestra dedicación a la causa.

Y a mí me parece que es obligación nuestra el perseverar. Podría parecer, tras el análisis que hemos recorrido hasta aquí en esta intervención, que la conclusión habría de ser negativa, que la respuesta a la pregunta que he lanzado de forma retórica implicaría esa negación. Pero, al contrario, creo que deben recordarse una serie de razones que nos llevan a la perseverancia en el servicio de la tradición, y que es esta perseverancia la que ilumina la actualidad —más allá de las razones que llevaron a S. M. Católica el Rey Carlos VII a instituir la— de la fiesta de los mártires de la tradición. Voy a intentar explicarlo.

En primer lugar, en sede teológica, no podemos abandonar un depósito venerable y sagrado que no nos pertenece, pero que hemos recibido y, aunque lo llevamos —como dice san Pablo— en vasijas de barro, hemos de preservar y entregar. Por eso, el mismo apóstol de las gentes, exhortaba a guardar las tradiciones. Pero es que también en la profecía se nos dice de la acción del Mesías, y puede extenderse a las obras del espíritu, que "la caña doblada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará". Es piadoso levantar lo que parece que ya cae, sobre todo cuando tanta luz y calor nos ha dado ese pabilo. Finalmente, en breve repaso, hasta la profecía —porque también lo es— de los últimos tiempos, esto es, el *Apocalipsis*, esconde tesoros para sostén de nuestra perseverancia: así, en el mensaje del Ángel a las siete iglesias que encabeza ese último libro de la Escritura, y en el que se traza la totalidad de la historia de la Iglesia de Cristo, al llegar

a la iglesia de Tiatira, que es la que simboliza —según reputados exegetas— la Cristiandad, tras las líneas en que se describe la época y las posteriores en que se formula un reproche, el consejo que —como en todos los demás mensajes— cierra es: “No arrojo sobre vosotros otra carga, solamente lo que tenéis, tenedlo fuerte, hasta que yo venga”. Así pues, no hemos de perder nada de lo que se nos dio, sino que —herederos de la iglesia de Tiatira— hemos de asirnos fuerte a lo que tenemos, a lo poco que va quedando.

Estamos, pues, obligados sobrenaturalmente a conservar lo que tenemos, lo que no nos obligaría si no hubiésemos recibido ese don y esa gracia, también esa carga, aunque para nuestro bien: “Para los que Dios ama, todo es el para el bien”. Pero lo recibimos, y ahora no podemos desentendernos, no podemos entregarlo a quien no lo quiere aceptar, al enemigo, que eso es traición, sino a quienes han de continuar la obra, que eso es la tradición.

Hay también razones piadosas, razones familiares, razones naturales de toda índole, que fortalecen la adhesión a la obra de nuestras familias, de nuestros antepasados, de nuestros conacionales y conmilites. El cuarto mandamiento de la ley de Dios, tan desconocido en nuestro mundo, no sólo se refiere a los padres, sino también a la patria, como supo ver el genio de santo Tomás de Aquino.

Es verdad que hay mucha mies y pocos, cada vez menos, operarios. Hemos de rogar, pues, al dueño de la mies para que envíe más. Pues sin la gracia de Dios todos nuestros esfuerzos son vanos. Lo que no quita para que hayamos de emplearnos con todas nuestras fuerzas en el servicio al que hemos sido consagrados. Permítaseme repasar algo, entre tanto, de lo que podemos y debemos hacer, alentar, apoyar.

En un nivel histórico, el mero hecho de custodiar la memoria histórica del carlismo es tarea ímproba, en la que caben múltiples contribuciones. Hay iniciativas que se están volcando en este sentido: la Fundación Hernando de Larramendi, en buena medida la editorial Actas de Luis Valiente, la revista *Aportes* que dirige Alfonso Bullón de Mendoza. También en un ámbito fun-

damentalmente histórico, aunque con componentes doctrinales, y más amplitud, ya que cubre toda la historia de las Españas, se desenvuelven los trabajos de la Fundación Elías de Tejada, que coordina a centenares de intelectuales del mundo, en especial hispánico, y más ampliamente del tradicionalismo. Modestísima en sus medios, si allegara más multiplicaría su incidencia en el panorama intelectual de hoy.

En un nivel doctrinal, el de la doctrina social católica y la filosofía política contrarrevolucionaria, resulta imprescindible la Fundación Speiro y su revista *Verbo*, la mejor del mundo hispánico tradicionalista, que sirven a una lucha que si puede resultar excesivo calificar de política, al menos es prepolítica o parapolítica. Y es lástima que sea éste el terreno en que tengamos que detener muchas veces nuestros desvelos. Pues siempre rechazamos a las *sociétés de pensée*, que los liberales utilizaban para erosionar la sociedad (real) cristiana. Hoy, en cambio, hemos comenzado a convertirnos en algo parecido a una sociedad de pensamiento, si no fuera porque estamos animados de espíritu religioso, que hace que de nuestro pequeño grano de mostaza pueda volver a brotar un árbol donde aniden los pájaros. Dejémoslo en manos de Dios, y si lo que le agrada ahora es que nos veamos en esta situación, y si no podemos ofrecerle otra cosa, trabajemos al menos sin descanso en la indagación y perfeccionamiento doctrinales.

Mientras sigan existiendo focos sociales de cierta amplitud en que arraigan nuestras convicciones, hemos de mantenerlos y perfeccionar su reclutamiento, encuadramiento y proselitismo. Lo que vale para la actuación política de la Comunión Tradicionalista, de los distintos círculos carlistas, con sus boletines, o de revistas de más amplio aliento como *Ahora Información*.

Y si se me permite algo más, añadiré que podríamos también empeñarnos en la tarea de recuperación teológica y litúrgica, tan necesitadas de nuestro concurso tras el vendaval conciliar, y a la que, a diferencia de lo acontecido en otros países, no hemos prestado demasiada atención. Apoyemos la liturgia venerable del rito romano antiguo, acosada por tantas jerarquías eclesiásticas, y que en Madrid se conserva no sin dificultades en la Ermita de la Virgen del Puerto.

Son muchos los campos que tenemos delante de nosotros y en los que podemos trabajar según nuestra vocación y capacidades. No me cabe duda de que nuestra opción —“opté y se me dio el sentido, invoqué y vino sobre mí el espíritu de la sabiduría”, dice la Escritura— nos reportará fracasos profesionales o, por lo menos, el dejar de conseguir los éxitos a que legítimamente podríamos aspirar. Encontraremos, así, alguna marginación social, alguna dificultad familiar. Sufriremos, y no puede ser de otro modo, por nuestra perseverancia en el servicio a Dios en la causa de la tradición. Este es el sentido actual de la fiesta de los mártires de la tradición. Es nuestra fiesta tanto como la de nuestros antecesores.

Este sentido agudísimo de frustración humana y de transfiguración sobrenatural es el que he encontrado en unos versos del poeta y escritor carlista montañés Ignacio Romero Raizábal. Con ellos termino estos deshilachados pensamientos:

“Acaso nadie, al verlos, que son héroes crea  
pero lo son y grandes, ¡vaya que si lo son!  
Son los caballeros, héroes de la Idea  
que sirven a una dama que es la Renunciación.  
Más que guerreros, mártires, resisten el acecho  
que sobre ellos proyectan la Fama y el Poder,  
y acaso no son héroes por las cosas que han hecho,  
pero lo son por otras que no han querido hacer”.

MIGUEL AYUSO

## DE LA UNIDAD NACIONAL A LA UNIÓN EUROPEA

El Seminario Permanente de Filosofía Jurídica “Francisco Elías de Tejada”, creado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba, con la acogida del Área de Filosofía del Derecho de dichas Facultad y Universidad, y el apoyo de la Fundación Francisco Elías de Tejada, viene trabajando eficazmente desde